



GACETA MEDICA DE COSTA RICA

REVISTA CIENTÍFICA MENSUAL DE MEDICINA, CIRUJÍA, HIGIENE Y PUERICULTURA

ÓRGANO DE LA FACULTAD DE MEDICINA DE LA REPÚBLICA

DIRECTOR Y ADMINISTRADOR: DR. **TEODORO PICADO**

Dirigir la correspondencia al Director
y Administrador
San José, Costa Rica, América Central

La Gaceta Médica se publica cada mes.
No se admiten suscripciones por menos
de seis meses, pago adelantado.

Precio de suscripción por un año . . . ₡ 6-00
Precio de suscripción por seis meses . . . 3-00

Precio de un número suelto . . . ₡ 0-50
Precio de avisos Convencional.

El problema nacional de política sanitaria

(La miseria en las escuelas)

Con la creación del Departamento Sanitario escolar, se obtuvo un principio de organización que se hacía necesario en el país y que era el complemento a la obra de la escuela.

No se han por consiguiente obtenido todos los resultados que se desean. El mayor esfuerzo se ha hecho en las capitales de Provincia. La inspección médica escolar ha tenido como resultado llamar la atención a los padres de familia sobre el estado de salud de los escolares, sobre algunas afecciones pasajeras y otras más graves, que señaladas a tiempo pueden ser curables y rendir a la sociedad elementos que más tarde le pueden ser de suma utilidad. Se ha hecho todo lo posible para ayudar en ese sentido a los niños pobres. Se les suministran medicinas, se les ayuda con el consejo higiénico, pero hay otras circunstancias derivadas de la pobreza, contra las cuales se hace necesario reaccionar. Nos hemos referido a la infinidad de niños pobres, verdaderamente necesitados que asisten a las escuelas de la capital y donde si por algunas nobles iniciativas se ha establecido una «Cocina Escolar» y en muy pocas, la copa de leche, hay que decir, que esas raras instituciones apenas viven y no llenan como se debiera un cometido cuyo alcance es fácil que comprendamos. En las escuelas de los campos apenas si pueden contarse las pocas cocinas escolares establecidas por insinuaciones de los directores, quienes generalmente han encontrado eco—por lo menos en los Centros Cantonales—entre los vecinos que se compadecen de la miseria de los niños.

Es sensible que estas iniciativas no se acojan con el amor

que se merecen por los maestros de escuela que ayudados de algunos bondadosos vecinos podrían aliviar muchas miserias.

Es claro que no queremos hacer un reproche ni deseamos que así lo parezca. Por todas partes se hacen esfuerzos para proteger a los miserables. Hay sociedades para ayudar a los pobres vergonzantes, se hacen veladas etc., para socorrer a damnificados; todas las clases sociales compiten en la humanitaria misión de llevar el consuelo o los medios de subsistencia a quienes más los necesitan. Y precisamente, quizá los pobres niños, por su pequeñez o por su impersonalidad, pasan ignorados y si acaso, de ellos solo se conducen las maestras y maestros que en su común vivir observan de cerca su estado de privaciones y miseria. ¿Por qué no reaccionar contra esa letal indiferencia?

¿No merecen acaso un poco más de atención los pobres niños costarricenses, futuros ciudadanos del mañana, privados hoy de un desarrollo normal que deben al estado de miseria fisiológica en que los hacen vivir las dificultades de su existencia?

Es necesario haber visitado las escuelas de la capital para darse cuenta de algunos cuadros de miseria.

Tal pequeñuelo, pálido, anémico, haraposos y soñoliento asiste a la escuela como por una obligación forzada. No puede tener ni la energía suficiente, ni el reposo intelectual necesario para sacar provecho alguno de las horas escolares. Su vida es una vida de angustias. La lucha contra la miseria ha comenzado cuando aun su organismo no se ha desarrollado. Y si en otros países, donde existen leyes protectoras de la infancia, alguien se hubiera preguntado: por qué trasnocha ese niño; aquí, apenas si se alarma el policial, que le encuentra dormido en el umbral de una puerta. Esos niños no son simplemente vagabundos. Son pequeños trabajadores a quienes sus familias por necesidad obligan a ganar algunos céntimos. Y fuera de esos hay otros que sufren de miseria, de verdadera miseria. Esa tara del hambre se lee en sus rostros demacrados, en sus sangres anémicas, en su musculatura atrofiada. Es necesario ver la avidez con que aceptan la pequeña taza de leche y el pedazo de pan, que casi no mastican, que tragan como para llenar el inmenso vacío que roe sus tejidos, que aniquila su organismo.

Y para socorrer un tanto la pobreza de esos desgraciados no se necesita mucho, se necesita buena voluntad de los pequeños, un poco de más altruismo de los poderosos.

Algunos céntimos más o menos en el presupuesto de los que pueden soportar lo ordinario de la vida, unos colonos menos de los que no perdonan al lujo sus fantasías mórbidas, podrían hacer la delicia de muchos niños, de muchos niños pobres para quienes la vida en vez de estar rodeada de encantos como correspondería a su edad, está acechada por el peor de los enemigos; por el hambre.—TEODORO PICADO.

Cas gestiones del Fiscal de la Facultad de Medicina

contra la venta de medicinas cuya fórmula es desconocida

Nuestro pueblo, por naturaleza tan económico para su persona, siempre ve con dolor el dinero que invierte en los servicios profesionales que le presta su médico y, por lo general, recurre a él cuando ha probado todas las medicinas *caseras* o de patente que sus parientes y amigos le han recetado.

Este hábito de nuestro pueblo ha dado lugar a que una gran variedad de charlatanes, sin conocimientos farmacéuticos de ninguna especie, se hayan dedicado a fabricar artículos que carecen de sustancias medicinales y que muchos de ellos contienen ingredientes nocivos. Actualmente este abuso ha llegado a tener un desarrollo tan grande que en muchos establecimientos se tiene una gran variedad de estas panaceas a vista y paciencia de las autoridades.

El Fiscal de la Facultad de Medicina, deseoso de evitar las funestas consecuencias que este abuso puede acarrear al público, dirigió la siguiente comunicación al Fiscal del Colegio de Farmacéuticos:

«N.º 123.—San José, 8 de Junio de 1917.—Señor Fiscal del Colegio de Farmacéuticos.—S. D.—Como son muchos los artículos que se ofrecen al público como medicamentos, sin contener elementos medicinales y cuyas fórmulas son desconocidas, conviene que el Colegio de Farmacéuticos emprenda una verdadera campaña contra este abuso, pues no sólo se engaña al público sino que en muchos casos se pone en peligro la vida de los consumidores en virtud de contener algunos de estos artículos componentes nocivos para la salud.

Esta consideración me obliga a insinuar al Colegio de Farmacéuticos, por el digno medio de Ud., la idea de que si actualmente no es posible contener ese comercio por no existir leyes restrictivas para ello, solicite del Poder Legislativo, en sus próximas sesiones, la emisión de una ley que permita a ese Colegio poner coto a este abuso que cada día toma mayores proporciones.

Soy de Ud. muy atento y S. S.,

el Fiscal, (f.) TEODORO PICADO.»

El señor Fiscal del Colegio de Farmacéuticos acogió la idea con el entusiasmo que merece este asunto de tan vital importancia, y debido a sus muy importantes gestiones, ese Colegio se ocupa de formular un proyecto de ley que muy pronto someterá a la consideración del Poder Legislativo y de este modo se podrá llegar algún día a poner a cubierto al público de la explotación y daños que este comercio ilícito actualmente le ocasionan.

El Instituto Oswaldo Cruz

Este Instituto, fundado en 1900 con el objeto de estudiar la peste bubónica y preparar el suero destinado a combatirla, ha adquirido un desarrollo asombroso en estos últimos años.

Se halla situado en Manguinhos, delicioso rincón de la bahía de Río Janeiro. Dista cinco kilómetros de la capital. Ocupa, con sus diver-



Dr. OSVALDO CRUZ (1871-1917)

sas dependencias, una extensión de cuatro hectáreas y media. El edificio principal, de estilo morisco, consta de cinco pisos, que se comunican entre sí por un ascensor. En el primer piso se encuentran las salas de distribución de las vacunas y sueros y de embalajes, el almacén de vidrios, la imprenta, la carpintería y la sala de máquinas (para luz, fuerza motriz, vacío y aire comprimido.) Existen también en él, para preparar los medios de cultivos, tres grandes compartimentos o estufas de temperatura constante. En los otros pisos se hallan distribuidos la administración, los diferentes laboratorios, las salas de radiología, de cardiografía y de espectroscopia y cinematografía y fotografía, la sala de los grandes micrótomos, la sala de balanzas, el museo, la biblioteca, la sala de dibujos, la sala de cursos y el taller de encuadernación. Todos los laboratorios disponen de agua fría y caliente, gas, luz, fuerza motriz, vacío y aire comprimido, teléfonos, relojes eléctricos, etc. En el último piso se alojan los asistentes. En el subsuelo se encuentran la cámara frigorífica y un taller de reparaciones de aparatos.

Separados del edificio central se hallan los establos, un pabellón para los caballos inoculados con la peste, el acuario, criaderos para diferentes animales, y un taller mecánico. Los animales no inoculados

pacen en libertad. Un gran horno de incineración destruye los cadáveres y todos los residuos.

El Instituto debe completarse con un Hospital, que se halla actualmente en construcción.

Comprende el Instituto Osvaldo Cruz las Secciones de micología, bacteriología, zoología médica (protozoología y parasitología), fisico-química, anatomía comparada e histología normal y patológica, clínica médica y veterinaria, y se preparan en él los sueros antidiftérico, antipestoso, antidisentérico, antitetánico, antimeningocócico, antiestreptocócico, la vacuna antipestosa y las vacunas contra el carbunco bacteriano y el carbunco sintomático y la tuberculina y la maleína.

Trabajan en él, sosteniendo una producción científica de grandísimo interés, eminentes médicos brasileños, como Lutz, Chagas, Vasconcellos, Godoy, Fontes, Neiva, Díaz y Aragao.

Cirugía

Paludismo y Cirugía - Vandenbassche (*Tesis de París.*)—El autor, que ha permanecido largo tiempo en Salónica, señala las complicaciones de origen palúdico que ha tenido ocasión de observar en los heridos de guerra.

Es noción corriente que una herida así sea leve, provoca en un palúdico el desarrollo de una crisis de paludismo. No hay ninguna relación entre la más o menos gravedad del traumatismo y la aparición de la crisis.

Un acto operatorio produce en el palúdico el mismo efecto que una herida de guerra: y las intervenciones aun leves, provocan un acceso brutal aun en personas cuyos antecedentes patológicos no permitían hallar el menor síntoma de paludismo anterior. Los síntomas en los heridos de guerra aparecen de uno a cinco días después de la operación.

Cuando la operación ha necesitado la anestesia general, este factor se presenta como un elemento de alta importancia en la aparición de la crisis y basta para producirla. El cloroformo tiene una influencia particular, nociva sobre el hígado y este órgano, estando muy a menudo afectado en los palúdicos, sería preferible en tales casos ocurrir al éter cuando se trate de operar un palúdico bajo anestesia general.

En casi todos los hospitales de Salónica se observaron en los palúdicos, fenómenos hemorrágicos, a menudo, graves. En algunos fueron casos mortales de epistaxis, hemotipsias, hematurias; otros aparecían cubiertos de petequias o de placas echimóticas. Ese síndrome hemorrágico se observa sobre todo en los antiguos palúdicos y no en los primarios.

M. Vanderbosseche señala además gangrenas palustres, que constituirían una complicación rara, y, en fin, cita casos, en los cuales, la invasión palustre, simulando una crisis de apendicitis ha llevado el enfermo a un servicio de cirugía.—(*Presse Medicale*).

El momento clínico y la ética profesional

Entendemos por «momento clínico» aquel en que se nos presenta el enfermo con todo el cuadro sintomático necesario para el diagnóstico del proceso que padece. Antes o después estamos expuestos a error y en ningún modo por prudencia, debemos sostener la seguridad, sino simplemente la posibilidad, de predecir o deducir un diagnóstico.

¿Qué ocurre en la práctica diaria? Que no son pocos los que apenas dan importancia al momento clínico, pero se la dan ellos, con el único deseo de ganar reputación a costa de algún «querido compañero.»

No es raro, en efecto, observar que un enfermo, por ejemplo, de úlcera de estómago, está en tratamiento bajo la dirección de un especialista X, quien le diagnosticó perfectamente y sometido a las prescripciones y consejos dictados por el mismo, mejora notablemente de su úlcera; pero se ha puesto pálido, ha perdido de peso, el régimen le ha debilitado y llega un momento en que ya no se acuerda de la úlcera de estómago sino de su debilidad, y cansado de seguir un régimen que el especialista prudente cree debe continuar para asegurar la curación, abandona al médico que de un modo diligente le ha asistido y se va a consultar con algún compañero.

¿Y qué sucede? Que éste es enterado por el enfermo que padece de úlcera de estómago y que el tratamiento que sigue impuesto por el doctor X no puede continuar por más tiempo, pues se va poniendo cada vez más débil y teme incluso morir.

¡Ya está construido el pedestal con el crédito y el prestigio del doctor X!

Generalmente el «compañero» trata de comprobar el diagnóstico de úlcera sin tener en cuenta que no es el «momento clínico» sino el «momento» de creer en el diagnóstico anterior, y dice al enfermo:

—¿Quién le ha dicho a usted que tiene úlcera de estómago, si no se le aprecia a usted ningún síntoma?... Lo que necesita usted es comer y nutrirse bien y va usted a comenzar desde hoy mismo.

Y el enfermo, halagado y complacido en sus deseos, por casualidad comienza a ganar de peso, a sentirse más fuerte, sin notar molestias en su aparato digestivo.

El comentario del enfermo suele ser de lo más expresivo en estos casos: «a Fulano le debo la vida; si continuó con el doctor X, me mata, pues no me entendió.»

La verdadera interpretación es, que el doctor X, muy circunspecto y prudente, retardó en beneficio del enfermo el cambio de régimen en su alimentación y cuando faltaba poco tiempo para ello, interviene el «compañero» unas veces por ignorancia, otras con mala fe, precipitando los acontecimientos con grave riesgo del enfermo y cometiendo una injusticia al desechar un diagnóstico concienzudo y aquilatado por todos los medios de exploración para rodearse ante el enfermo de una aureola que debía ser la cubierta de una cucurbitácea.

He citado a propósito un ejemplo que no me afecta en absoluto,

por no ser estos enfermos los que más veo en mi práctica profesional, pero sí podría citar otros para demostrar que en ninguna profesión como en la nuestra se invoca tan a menudo la palabra «compañerismo» cuando tal vez sea lo que menos existe.

Ojalá que entre los que por casualidad lean estas mal pergeñadas líneas, haya muchos que no conozcan algún caso parecido al expuesto, pero desgraciadamente no será así, lo cual significa que la moral profesional está bastante relajada por motivos que todos conocemos, trascendiendo al vulgo con detrimento de la dignidad de la clase y en beneficio de curanderos y adivinatoras que unas veces solos y otras aliados con los que no debieran ostentar nuestro honroso título, convierten nuestra profesión en el mercantilismo más inmoral y repugnante.

RICHTIG.

Higiene Periodística

La nefasta publicidad de los crímenes

Desde muchachuelo emborronando cuartillas en la prensa, después en la revista o en el libro, ¿necesito aducir pruebas de arraigado cariño a la hoja impresa, de compañerismo periodístico? ¿Traducirase el lamento o censura que sigue, por ofensa o animadversión?

Cuatro renglones, a vuela pluma, sobre uno de tantos aspectos de la higiene social, que apenas se trata en obras y revistas a Higiene dedicadas, y que con la modestia de artículo de divulgación higienista, objetivo de estas *Páginas*, someramente esbozaré.

La publicidad periodística de los crímenes, tal como se hace, los acrecienta; daño social y para el propio periodismo.

Sin ánimo de censura, sólo a guisa de pregunta o extrañeza, ¿no es cosa que vale la pena contrarrestar con propaganda higienista, en revistas o sociedades médicas, esa publicidad, cada día más sugestiva, que la prensa hace de los crímenes, embruteciendo muchas mentes con una lectura sin provecho moral ni intelectual, elevando a «héroes del día», quizá imbuyendo a serlo en lo futuro, a tanto desgraciado moral de los fastos del crimen?

Han confesado muchos criminales que esa publicidad les era grata, les atraía, les sugestionaba; que la idea de verse en letras de molde o con su retrato *ilustrando* las páginas de periódicos o revistas, les hacía más tolerable la idea de la pena con que pudiéraseles castigar su delito. ¿No está probado que hay almas de una textura moral tan *sui generis* que, ávidas de celebridad, no reparan en ser «tristemente célebres»? ¿El ambiente de matonismo, no está probado que tiene cierto poderío contagioso, creando *racha* de valentones, barateros y demás hampa de la amoralidad? ¿No es cosa ya convenida por los tratadistas de estas materias, que ni los artículos, sermones, ejecución pública, etc., con tenden-

cia a inspirar horror al crimen, pero relatándolos con minuciosidad, jamás han detenido un impulso criminal? ¿No se ha convenido ya por todos los gobiernos en suprimir la antigua publicidad de las ejecuciones de criminales en la plaza pública, pues no se veía el provecho de la *lección*?

En vista de ello y por deducción lógica, ¿no convendría que por concenso periodístico, o por imposición gubernativa en aras de la salud pública, se restringiese, al menos, la actual funestísima publicidad del crimen? Y ello hasta para evitar el triste espectáculo de que en los periódicos se gasten páginas enteras croniqueando las aventuras de entes vulgares, y evitar que se fomente la vida de periódicos y revistas que, deshonrando la letra impresa, se dedican exclusivamente a la narración de lo criminal. Esa *literatura*, el cinematógrafo, folletines, etc., del orden de lo detectivesco, como se dice, fomenta el crimen a ciencia y paciencia de autoridades y corporaciones médicas, que tiempo ha debían haberse interesado en ese aspecto de la higiene.

Reprobable, degradador de costumbres nos parece en sí esa literatura, y más por ciertos caracteres de delectación, preferencias, etc., con que se escribe, *hinchando* los relatos, ocultando con iniciales los nombres de los autores si acierta categoría social pertenecen, etc.

Hace tiempo, tratando de lo mismo, leímos un artículo en un periódico de Madrid, *El Socialista*, que nos impresionó gratamente, como de seguro también a cuantos lo leyeran, no importa las ideas políticas, sociales, etc., que profesasen.

Dicho periódico, a raíz de un crimen en que se convino por toda la prensa en el nefasto influjo de esa *literatura* de aventuras de asesinos, ladrones, etc., decía dirigiéndose a todos los colegas:

«¿No sería esta la ocasión de llegar a un acuerdo sobre la forma de trasladar al público estos sucesos?

Si se admite, porque ello es cierto, que esta clase de obras (refiérese a las películas, novelas y obras detectivescas) influyen nocivamente sobre sus lectores o espectadores, ¿cómo ocultar la influencia inmoral, viciosa, que la lectura de una sección de sucesos, redactada en la forma en que la mayoría de los periódicos la publican, ha de tener sobre los lectores? Y si se pide la intervención de la autoridad en el caso anterior, ¿qué sinceridad se pone en la petición cuando no se da ejemplo en aquello que a los periódicos les es permitido y en la medida a que están obligados?

En este asunto hay dos aspectos: uno educativo, de consideración a los lectores todos; otro de consideración a las víctimas y a sus familias.

Ambos puede cumplirlos la prensa aplicando la fantasía y talento de los periodistas en otros cometidos más nobles, justos y morales.

Y no se diga que los lectores se imponen a los periódicos, porque no es cierto. Es siempre un interés industrial, administrativo, al que se sirve, ofreciendo a cierto público lo que ciertamente no echaría de menos, si todos los periódicos llegaran a un acuerdo y suprimieran la publicación de sucesos en la forma que hoy lo hace la mayoría.

El nivel de los lectores y de los periódicos se elevaría a medida

que se ocultaran estos novelones sangrientos, con los que flagela por igual al lector, a las familias, a la cultura y a la decencia pública.

Los demás periódicos tienen la palabra. Nosotros seguiremos cumpliendo lo que entendemos nuestro deber.»

Es de justicia consignar que, efectivamente, dicho periódico apenas da noticia escueta de crímenes y ni publica reseñas taurinas o las vapulea, ni copia la lista de lotería, y... vive sin necesidad de semejantes atractivos. Y lo mismo alabaríamos ese proceder si de periódico de otro partido político se tratara. Más... ¡la petición no fué atendida!

Por educación pública, por higiene social, debe meterse mano en esa perniciosa publicidad, que se regodea con lo espeluznante de la perversión moral.

Una campaña de prensa, academias y otras entidades médicas o sociales, es de confiar pudiera influir en el ánimo de la prensa diaria y en las empresas cinematográficas, etc., para que las gentes no estragasen su paladar con platos tan indigestos. Y en cierta medida amenguaría la criminalidad, cuyo decurso es una de tantas aspiraciones de la Higiene, al servicio de la que se hallan estas *Páginas*.

DR. J. CHABÁS,

Director de la Revista de Higiene
y de Tuberculosis.

(Tomado de *Medicina Social*, Barcelona.)

Educación de los niños nerviosos

Por el Dr. Bernardo Etchepare,

Profesor de Clínica Psiquiátrica de la Facultad de Medicina de Montevideo (Uruguay)

Trabajo presentado al II Congreso Científico Pan Americano.—Washington, enero 3 de 1916

(Conclusión)

Indudablemente en alguna ocasión la falta absoluta de interés o cierta repugnancia demostrada en alguna actividad, o una mala dirección interesando de modo desgraciado otro género de actividad, puede señalar una pereza en el sentido vulgar de la palabra. Pero aún así, un tratamiento moral bien dirigido puede triunfar de tal emergencia. En otras circunstancias, un estado más o menos visible del organismo físico puede explicar ciertas astenias. El pulmón y el riñón especialmente deben ser interrogados. En la época vecina de la pubertad este episodio y el crecimiento originan fáciles cansancios.

Y no podemos olvidar particularmente la preparación lenta, insidiosa, que prefiere casi siempre esta edad, de la afección mental denominada demencia precoz, que se caracteriza en sus primeros síntomas por una pérdida absoluta de la actividad con detalles bizarros, caprichosos, hasta extravagantes. Hemos visto ya porción de estos perezosos, realmente bien enfermos.

En todo caso, fuera de enfermedad manifiesta, será necesario reglamentar la actividad, no haciéndola pesada ni prolongada. La colocación de horas frecuentes de recreo, la suavidad de los programas de instrucción, tan personales como sea posible, haciéndolos menos recargados especialmente en materias que no sean de necesidad absoluta en la vida, contribuirá al bienestar y al interés real de estos sujetos.

A guisa de trabajo, también, un entretenimiento artístico, consultando el gusto del niño, será de valor inapreciable: la música, el dibujo, la pintura, etc.

Pero al lado del evangelio del trabajo, bueno es proclamar también el evangelio del descanso, como dice el Profesor Batlet. Hay que organizar paseos al campo o a las playas un par de días por semana, por lo menos. El contacto con la naturaleza durante unas horas es bienhechor.

Y al lado de esas condiciones, tampoco debe olvidarse el sueño que nutre el cerebro y que prepara las fuerzas del día siguiente. Muchos de estos niños duermen mal, con pesadillas, terrores, etc. Algunos duermen poco o casi nada. Ha dicho Monier con razón que: «no hay como las noches blancas para engendrar las ideas negras.»

Si se hace una vida bien tranquila, sin fatigas ni emociones, estos niños nerviosos dormirán mejor y se preparará una pubertad, que pueda ser, bien vigilada, la aurora de una reconstitución de la personalidad humana.

IX

En los alrededores de la pubertad debe ser mucho más prolija aún. Para todo el mundo es el momento crítico. Para Freud es el momento en que el pan-sensualismo en actividad, va a dirigirse hacia la vía normal o a la patológica. En este último caso se produce una eflorescencia lamentable con tristes ramilletes de neurosis.

Pues bien; la educación sexual que debe haber sido iniciada algún tiempo antes, no debe temerse. Es hoy muy raro que los niños y niñas de 10 y 12 años ignoren en absoluto los misterios de la sexualidad. Los conocen por múltiples conductos, es inevitable. Desgraciadamente, esos conocimientos vienen a menudo envueltos en una atmósfera de curiosidad malsana con fórmula de apetitos sensuales. Ese es el peligro.

Es, pues, preciso combatir esa tendencia por medio de explicaciones hechas con tacto y prudencia. El médico puede hacer oír su voz persuasiva tanto como científica, y por lo mismo, sana y respetable.

Esto es cuestión de tacto, según el carácter, la emotividad, las tendencias del niño. Pero en ningún caso si la enseñanza se hace bien, habrá inconvenientes. Al contrario, se enseñará de un modo la verdadera apreciación de la sexualidad con el significado natural que debe tener. Es esto tanto más necesario cuanto que, en estos niños, el instinto sexual suele carecer de freno, y hay que crearlo.

Se evitará entonces el exceso solitario, el exceso compartido, el insomnio lúbrico, las perversiones, todo lo que las conversaciones y lecturas perniciosas pueden despertar en este sentido.

Se evitará también lo que hemos visto muchos médicos: el horror de la cópula, la aversión por la maternidad, y se conseguirá el respeto y la consagración de las leyes naturales, la normalidad y la moral de la función genética.

Se evitará, por último, por un conocimiento apropiado, las enfermedades consiguientes, y en todo caso, las fuentes de pesimismo y desencantos sexuales que suelen arrastrar ya a una neurastenia y hasta el suicidio, que liquida tantos sifílibos o tantos escrupulosos de la función genital.

No es esta tarea imposible ni difícil. Es solamente delicada.

Hay que demostrar que el amor es suprema ley de vida, y aceptando un hermoso símil de Cullerre, establecer que el amor tiene siempre la misma identidad de función y de significado, en el animal, como en la flor.

El Profesor Landonzy

Decano de la Facultad de Medicina de París

Luis Teófilo José Landonzy, que acaba de morir a la edad de 72 años, ha sido una sensible pérdida para la Facultad de Medicina de París.

Había nacido en Rheims, la ciudad mártir, en 1845, descendiente de una familia de médicos. Llegó a París en 1867 a completar sus estudios de medicina; fué residente de hospitales en 1870 y médico del hospital Laennec en 1890. Tres años después fué nombrado Profesor de Terapéutica en la Facultad de Medicina de París y miembro de la Academia de Medicina, por consiguiente. En 1907 fué escogido como decano de la Facultad y en 1912 miembro del Instituto.

Desaparece con él una de las figuras más salientes de la ciencia contemporánea, a la que deja laboriosos trabajos.

El interés que despertó en él el estudio de la Tuberculosis, siendo el primero en describir en 1883 el tipo de tuberculosis aguda caracterizada como *fiebre no granúlica a forma tifoidea* o sea la *tifo-bacilosa* lo llevó como consecuencia a los estudios de la higiene en relación con el combate de la tuberculosis, de que fué un descidido campeón.

La odiosa guerra desencadenada por desmesuradas ambiciones y en que se encontró enrolada su patria, hicieron que apesar de su edad, sus sentimientos de patriota se sobrepusieran a sus años y no pudiendo ya empuñar el rifle contra la horda devastadora, consagró sus esfuerzos al cuidado de los heridos, en el Hospital Militar establecido en el Liceo Buffón. Este recargo de trabajo, lo avanzado de su edad y las penas del momento crítico porque atraviesa su país, fueron indudablemente las causas que agravaron su estado de salud ya delicado por dos operaciones sufridas anteriormente.

Vinos Medicinales Tónicos

A BASE DE KOLA, Etc.

DEPÓSITO EN LA CASA DE

Antonio Urbano & Hno.

RECOMENDADOS EN TODAS LAS ENFERMEDADES
QUE DEBILITAN EL ORGANISMO

Precio al alcance de todos los enfermos

SAL HEPÁTICA

Llamamos la atención de la profesión médica para que cuidadosamente observen los méritos de la SAL HEPÁTICA, en la Diátesis Úrica, en la constipación y a su propiedad muy importante de limpiar todo el trayecto alimenticio, evitando con esto los desórdenes producidos por la indiscreción de comer y beber y por la absorción de toxinas irritantes.

Esta preparación es un laxante salino, efervescente y disolvente del ácido úrico que ha ganado rápidamente el favor de la mayoría de los médicos.

Es una combinación científica de los fosfatos de sodio y de litio y de sales análogas encontradas en las más famosas aguas amargas y purgantes de Europa. La acción de las sales que tienen en solución las AGUAS AMARGAS es bien conocida para que exija una explicación minuciosa, pero su valor medicinal está considerablemente reforzado por la acción de fosfato de sodio y de litio.

La SAL HEPÁTICA puede emplearse como laxante y como eliminante de toxinas irritantes de una manera satisfactoria y sin riesgo alguno en las inflamaciones intestinales y merece ocupar un lugar prominente en las diarreas de los infantes niños y en las dolencias de verano, producidas por fermentaciones y putrefacciones. Es menos desagradable que el fosfato de sodio solo y que otros laxantes salinos y se elimina más fácilmente en las excretas y emunitorios.

La SAL HEPÁTICA es un laxante ideal en todos los estados y edades. No deprime en absoluto, al contrario, es un tónico fisiológico y por su uso no se establece la tolerancia que conduce al aumento de dosis y cuando deja de usarse no deja los intestinos más constipados que al principio como sucede con otros agentes. Es un laxante inocente durante la preñez y la lactancia y en los casos de clorosis anémica.

La SAL HEPÁTICA está especialmente indicada en la Diátesis Úrica, lo mismo que en el Reumatismo, la Gota y la verdadera Litemia. Produce resultados positivos limitando y disminuyendo la cantidad de ácido úrico formada por la circulación y excreciones de los riñones y se absorbe muy libremente, entrando en la sangre y eliminándose tan rápidamente por los conductos u órganos excretorios, que su presencia se demuestra fácilmente en el sudor y en la orina.

Doctor: nos permitimos sugerirle que haga Ud. un ensayo personal con la SAL HEPÁTICA, bien como laxante salino o bien como remedio anti-reumático. Sabemos de muchos médicos que emplean la SAL HEPÁTICA para ellos mismos. Como laxante sencillo es preferible al Citrato de Magnesía y a los Polvos de Selditz, especialmente cuando se administra después de Calomel o de otros mercuriales.



Se envían muestras a los señores médicos que las pidan

BRISTOL-MYERS Co., 277-281 GREENE AVE., Brooklyn, NEW YORK, U. S. A.